


Seix Barral Biblioteca Formentor



Kenzaburo Oé

Muerte por agua





Seix Barral Biblioteca Formentor

Kenzaburo Oé

Muerte por agua

Traducción del japonés por
Terao Ryukichi, con la colaboración
de Ednodio Quintero

Título original: *Suishi*

© Kenzaburo Oé, 2009

© por la traducción, Terao Ryukichi, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: noviembre de 2014

ISBN: 978-84-322-2404-1

Depósito legal: B. 21.446-2014

Composición: Àtona-Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

9	PRIMERA PARTE: <i>La novela de la muerte por agua</i>
11	Introducción: La broma
29	Capítulo 1. La aparición de The Cave Man
59	Capítulo 2. El ensayo de la versión teatral de <i>El día que Él se digne enjugar mis lágrimas</i>
81	Capítulo 3. El baúl de cuero rojo
103	Capítulo 4. La broma consumada
131	Capítulo 5. El Gran Vértigo
167	SEGUNDA PARTE: Predominan las mujeres
169	Capítulo 6. El teatro de «lanzar perros muertos»
201	Capítulo 7. Continúa el <i>aftermath</i>
229	Capítulo 8. Gishi-gishi
257	Capítulo 9. <i>Late work</i>
279	Capítulo 10. La corrección de la memoria o del sueño
301	Capítulo 11. ¿Qué buscaba el padre en <i>La rama dorada</i> ?

-
- 329** TERCERA PARTE: «Con estos fragmentos a salvo he
soportado mi derrumbe»
- 331** Capítulo 12. La biografía de Kogy y el poseso Yori-
mashi
- 355** Capítulo 13. El dilema de Macbeth
- 381** Capítulo 14. Todos los trámites se convierten en
teatro
- 403** Capítulo 15. La inmolación

1

Algunas casas antiguas de la provincia, aun cuando carecen de antecedentes ilustres, suelen guardar leyendas de cierto interés que se transmiten de una generación a otra. Misteriosas o divertidas, se conservan en la memoria colectiva, aunque jamás logren traspasar el umbral de aquellas casas...

Recuerdo que el mismo año en que ingresé en la universidad, durante la conmemoración del último aniversario del fallecimiento de mi padre, que había muerto muy joven, sucedió un incidente... Entre los parientes reunidos en casa, que hacía muchos años que no se veían, estaba uno de mis tíos, que había logrado casar a su hija mayor con un funcionario de alto rango, graduado en la Universidad de Tokio. Al enterarse de que yo cursaba estudios en esa universidad me preguntó, tras felicitarme, en qué pensaba especializarme. Cuando le dije que estudiaba letras no pudo disimular su decepción, y dijo sin ningún tapujo que de esa manera no conseguiría un empleo decente.

Enseguida, mi madre, a pesar de su habitual prudencia, le replicó de tal manera que yo —que apenas me consideraba un aspirante al estudio de las letras francesas— me quedé perplejo:

—Si no consigue un empleo decente, ¡pues será novelista!

En medio del silencio que produjeron las palabras de mi madre, lo que dijo a continuación provocó una risa general que calmó la tensión que se había creado en el ambiente:

—El baúl de cuero rojo está repleto de material para escribir novelas.

Sí, el baúl de cuero rojo constituía la leyenda misteriosa y divertida que se guardaba en mi casa. Acogidas con risas por los parientes cercanos, las palabras de mi madre se grabaron en mi memoria. Ciertamente, tres años después escribí algunos cuentos a tientas, cuando no sabía qué iba a ser de mi vida. Y la publicación de uno de ellos en el periódico de la Universidad de Tokio me empujó hacia el oficio de novelista. Es decir, me hice novelista impulsado por una «broma» de mi madre. En este relato aparecerá de nuevo la palabra *broma*, de una manera nada risible, pero ya hablaré de eso cuando llegue el momento.

2

Un día me llamó por teléfono mi hermana Asa, que llevaba ya varios años sin mandarme siquiera una postal por Año Nuevo, y que solo intercambiaba felicitaciones con mi esposa Chikashi.

—Hace diez años que murió mamá, dejando un testamento... No sé si las frases que nuestra madre me dictó y que yo recogí en la hoja de un cuaderno tienen valor legal..., pero este año, según su voluntad, debo entregarte el baúl de cuero rojo. No quiero esperar hasta el cinco de

diciembre, el aniversario de su muerte, pues para esas fechas estaré muy ocupada. Sé que en esa época solías ir a Kitakaruizawa, pero ¿por qué no vienes este año al bosque de Shikoku? Así podré entregarte el baúl de cuero rojo. ¿Verdad que te acuerdas? Me parece que últimamente no has escrito ningún relato, aparte de la columna mensual para el periódico...

—Tienes razón. Nuestra madre, aunque tal vez fuiste tú, decidió fijar un plazo de diez años para permitirme el acceso al baúl de cuero rojo, con el argumento de que quizá pudiera retomar *La novela de la muerte por agua* a partir de ese material.

—La idea fue de mamá. Aunque la presbicia le impedía escribir, se mantuvo lúcida hasta el último momento. Pensó que no ibas a vivir más de diez años después de su muerte, ya que los hombres de nuestra familia no son longevos.

»Si te digo que estaré ocupada hacia finales del año es porque, como ya le comuniqué a Chikashi, en la actualidad dedico gran parte de mi tiempo a asesorar a un grupo de teatro integrado por jóvenes acerca de tus primeras obras. A propósito, me gustaría hacerte una consulta, o mejor dicho, pedirte un favor para concretar un proyecto. ¿Por qué no vienes a quedarte una temporada en la Casa del Bosque? La casa se ha ventilado, con el permiso de Chikashi, y se la he cedido algunas veces a los chicos del grupo teatral, que siempre lo dejan todo en perfecto orden.

El baúl de cuero rojo y *La novela de la muerte por agua*. ¡El día de esa llamada tuve una sensación extraña que me impresionó, una especie de excitación relacionada con mi oficio de escritor, que no me había abandonado del todo pese a la vejez! Me retiré a primera hora de

la tarde a mi estudio-habitación y corrí las cortinas para acostarme en el catre. En los inicios de mi carrera literaria, cuando era un estudiante universitario, fueron muchos los que se burlaron de mí y no pocos opinaron que muy pronto me vería metido en un callejón sin salida por falta de experiencias vitales, a menos que me procurara algún cambio brusco y sugestivo, según dictaba la moda por aquellos tiempos entre mis contemporáneos. Pero no me asusté. Escribiría *La novela de la muerte por agua* cuando llegara el momento. Mientras tanto, me entrenaría en la escritura. Contaría esa historia como propia, sortearía todas las dificultades que se me presentaran, todos los altibajos, como si estuviera sometido a una corriente inestable, daba igual que quedara atrapado para siempre en el vórtice...

De hecho, desde niño, mucho antes de haber leído una novela propiamente dicha, yo soñaba con escenas de *La novela de la muerte por agua*. El origen de ese sueño recurrente se hallaba en una experiencia que tuve a los diez años. Y a los veinte, la novela se definió a nivel práctico cuando encontré la expresión *muerte por agua* en una versión inglesa (que contrastaba con la versión francesa) de un poema, a pesar de que ni siquiera había intentado escribir un cuento.

Sin embargo, nunca emprendí la redacción de esa novela porque, simple y llanamente, sentía que carecía de la experiencia necesaria y suficiente para hacerlo. Para colmo, en el fondo siempre fui un optimista, aun cuando me encontrara en situaciones críticas que habrían podido arruinar por completo mi prematura carrera, al pensar ingenuamente que algún día iba a escribir *La novela de la muerte por agua*...

En realidad habría podido comenzarla en muchas

ocasiones, antes de que el proyecto estuviera maduro del todo, pero siempre me contuve diciéndome que todavía no había llegado el momento. ¿Qué sentido tendría enfrentarse a las dificultades y esforzarse desesperadamente por superarlas mientras escribo una obra que de verdad necesito escribir si puedo refugiarme con tanta facilidad en *La novela de la muerte por agua*?

3

Una sola vez, a los treinta años, emprendí la redacción de *La novela de la muerte por agua*. Tras publicar *El grito silencioso* quise probar mis destrezas como narrador, que ya consideraba como muestras de madurez, escribiendo *La novela de la muerte por agua*. Al terminar el primer capítulo envié el manuscrito, junto con unos apuntes preliminares y una carta en la que le pedía que me mostrara el contenido del famoso baúl de cuero rojo, comprado en Shanghái, a mi madre, que tenía por entonces unos sesenta años y vivía en el bosque de Shikoku. Sin embargo, jamás recibí respuesta, a pesar de que en una ocasión ella había asegurado que el baúl de cuero rojo estaba repleto de material para escribir novelas y, de paso, nunca más volví a ver mi manuscrito. Sin más remedio que renunciar al plan original, escribí iracundo la novela *El día que Él se digne enjugar mis lágrimas*, satirizando no solo a mi padre y mi niñez, sino también a mi madre.

Pronto me escribió Asa, que vivía con mi madre, diciendo:

Mamá te reprocha lo que has hecho con palabras aún más sarcásticas que las que tú pusiste, a manera de insul-

tos, en su boca, al final de tu novela. Dice que no le queda más remedio que romper con Kogy (este era mi apodo).

4

Un poco antes de eso había nacido mi hijo mayor con defectos congénitos en el cerebro, acontecimiento crítico que terminó estableciendo una nueva relación entre mi madre y yo. En virtud del crecimiento relativamente sano de Akari, Chikashi pudo recuperar sus lazos afectivos con mi familia de Shikoku, y yo me integré con naturalidad en el ambiente generoso y solidario que se creó entre las dos mujeres. Sin embargo, mi madre jamás se refirió a aquel manuscrito ni a los apuntes, y menos todavía al baúl de cuero rojo (quizá para no repetir el mismo error pedagógico, pues mi madre, según Asa, lamentó toda su vida las intromisiones cometidas durante los años que vivía con su hijo en el valle, las cuales, a pesar de la noble intención de sacarlo de los repetidos apuros que llegó a padecer, solo sirvieron para agriarle el carácter), y no reveló nada al respecto hasta que murió a los noventa y cinco años. ¡Y, para colmo, se empeñó en postergar diez años mi acceso a aquellos benditos papeles!

Si bien es cierto que jamás había renunciado a la idea de escribir *La novela de la muerte por agua*, ahora me doy cuenta, al repasar etapa por etapa mi dilatada carrera de novelista, de que nunca me lo propuse de verdad como una tarea prioritaria. Recuerdo algunas ocasiones concretas en que pensé en retomarla, como cuando me encontraba solo en el extranjero o cuando tuve que enfrentarme a la muerte de algún ser querido, pero en ninguna de aquellas

oportunidades me animé a seguir el impulso incipiente de rehacer aquellos apuntes.

5

A los diez años de la muerte de mi madre, informado por Asa de que al fin había llegado el momento de entregarme el baúl de cuero rojo, no pude pensar en otra cosa que no fuera reanudar el proyecto de *La novela de la muerte por agua*, suspendido durante muchos años. Estaba convencido, ante la expectativa cierta de poseer aquellos valiosos materiales, de que yo me había ido preparando poco a poco a lo largo de los años para concretarlo. Al recibir de Asa el baúl de cuero rojo estarían a mi disposición no solo los materiales guardados por mi madre, sino mi manuscrito del primer capítulo y los apuntes iniciales. Después de haberme consagrado al oficio de novelista durante casi toda mi vida, confiaba en mi propia capacidad de narrador. Por otra parte, estas expectativas coincidían con la clara conciencia de que mi carrera de novelista se acercaba a su final.

6

La decisión de trasladarme a la Casa del Bosque y conocer lo que guardaba el baúl de cuero rojo para reanudar *La novela de la muerte por agua* se vio precipitada por un suceso que relataré a continuación. Cerca de mi casa, ubicada en un terreno elevado en un extremo de la meseta de Musashino, se extiende cuesta abajo, hacia el oeste, una vía que comunica una serie de conjuntos residencia-

les, contruidos alrededor de un canal, trazado con el propósito de volver habitable esa zona pantanosa. Un carril exclusivo para ciclistas atraviesa la vía.

A mis setenta y tantos años, escribí una novela que comienza con una escena en la que me encuentro por casualidad con una persona en ese carril para ciclistas, mientras acompaño a mi hijo con deficiencias cerebrales, que todos los días camina como parte de su terapia. Al iniciar de nuevo mi relato con el encuentro fortuito con una persona que habrá de resultar decisiva para el desarrollo de la narración, los lectores se burlarán de esta autoimitación, tan propia de viejo escritor, pero lo cierto es que un anciano tan encerrado en su vida como yo, más allá de estas caminatas esporádicas, ya casi no tiene contactos con el mundo exterior.

Una mañana de verano incipiente salí a caminar solo, sin la compañía de Akari, que ya no soportaba aquellos ejercicios debido al acelerado debilitamiento de los músculos que había experimentado durante los últimos años (le habían aumentado las dosis de sus medicamentos para controlar los ataques de epilepsia). A mi espalda, una persona se me acercó con paso ligero y me adelantó con celeridad. Se trataba de una mujer de baja estatura, con el cabello de un pardo desteñido recogido en una cola de caballo, que vestía una camisa beige claro y un pantalón chino del mismo color. La tela fina, suave y tersa, se le adhería a la piel, sobre todo entre las caderas y los muslos, sin formar siquiera una leve arruga en la superficie. Sus caderas, redondeadas y pronunciadas, se desplazaban con presteza, sostenidas por unos muslos elásticos y firmes a la vez. La mujer se fue alejando poco a poco...

Yo seguí caminando despacio a mi propio ritmo hasta que, tras haberla perdido de vista durante un buen

rato, la vi de nuevo mientras practicaba ejercicios en una placita donde había bancos y barras fijas: adelantaba delicadamente un pie en silencio hasta quedarse quieta con la cadera suspendida; luego cambiaba de pie para realizar la misma maniobra, y así sucesivamente. El rostro, que juzgué redondo cuando la vi de soslayo en el momento en que me adelantó, al observarlo de perfil resultó ovalado (he leído en alguna parte que las japonesas bellas se clasifican en dos grupos: las de cara ovalada y las de cara redonda). El ruido de las aguas del canal se oía con mayor nitidez en aquel trecho, ya que allí había un vado, y arriba se veía el puente del ferrocarril de la línea Odakyu. Con la mirada fija en la corriente, que salpicaba de una manera un tanto extraña, continué mi caminata...

¡Y me golpeé contra una farola que apareció de repente ante mis ojos! Me di con tal fuerza que durante los cuatro o cinco días siguientes me quedó un moretón negro en el pómulo derecho, por debajo del rabillo del ojo. Aturdido, sentí que estaba cayendo de espaldas, pero alguien me sostuvo desde atrás con firmeza. Quedé atrapado entre dos brazos atléticos, con la cadera apoyada sobre una base delicada, cálida y blanda. Enseguida me di cuenta de que se trataba del muslo de una persona, y también de que mi espalda descansaba sobre unos senos elásticos. Me enderecé a duras penas y suspiré aliviado, con los brazos apoyados en la farola contra la cual acababa de golpearme, pero a la vez consciente de mis propios gemidos de angustia.

—Siéntese otra vez en mi regazo, maestro —le oí decir a la mujer en un tono calmado y neutro, y de pronto me encontré de nuevo sentado en la misma postura de antes...

Al poco rato (el tiempo que necesitaría Akari para

recuperarse de un ataque normal) me despegué de aquel muslo femenino, cálido y humedecido por el sudor. La mujer se adelantó a mis palabras de agradecimiento:

—¿Le ocurre a menudo algo así?

—No, de ninguna manera.

—Menos mal —dijo ella sonriente, con la actitud típica de una treintañera.

Y con el rostro todavía crispado por el dolor intenté explicarle lo que me había sucedido según mi punto de vista:

—Es que esta zona está muy oscura debido al puente de Odakyu que la atraviesa allá arriba, y el poste de la farola... es más grueso en su parte inferior, debido quizá al sistema automatizado de luz que le han incorporado..., a pesar de que en el extremo superior es muy delgado, ¿no le parece? Por lo tanto, no me he dado cuenta de...

»Además, caminaba demasiado atento al chapoteo del agua, que me había distraído un momento antes. Entre las carpas, que se encuentran ahora en la otra orilla, coleteando todavía, como podrá ver, hay una hembra a la que han tratado de abordar cinco machos, uno tras otro. Debe de ser época de reproducción. Las observaba fascinado, pues no hay bancos de carpas tan grandes en mi tierra natal. Cuando me he fijado en la farola ya era tarde, aunque de joven la habría esquivado sin ningún problema.

—Con qué precisión explica todo, maestro. Debe de ser por deformación profesional —dijo la mujer, antes de echarse a reír.

—Sí... —le dije a modo de agradecimiento. Me daba cuenta de lo extraño que resultaba tratar de explicarme sentado en el regazo de una mujer, pero el intenso dolor me había paralizado—. Perdóneme la imprudencia, y muchas gracias.